

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A

Año 1960 - Núms. 101-102



SEVILLA

PUBLICACIONES

DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

Publicada por el Ayuntamiento de Sevilla
en el local que ocupa el antiguo Archivo de la
Real Audiencia de Sevilla, en el número 10 de la
calle de San Francisco, a las 12 de la noche



EJEMPLAR NÚM. **157**

DEPÓSITO LEGAL, SE - 25-1958



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 29. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1960



Tomo XXXII
Núms 101-102

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1960

M A Y O - A G O S T O

Nrs. 101-102

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- Celestino López Martínez.—*Archicofradía Sacramental de Jesús de la Pasión. Estudio documental*..... 169
- Vicente Romero Muñoz.—*Vida ejemplar de Toribio de Velasco*..... 195
- Francisco Alvarez.—*San Pablo, modelo del sacerdote y del apóstol*.. 219
-
- Juan Gotor.—*In Memoriam. José Andrés Vázquez*..... 243

MISCELANEA

- M. J. M.—*El monasterio de Santa Clara y las termitas*..... 249
- Luis J. Pedregal.—*Pequeña Historia de los Servitas de Sevilla y Tercer Centenario de su Orden Tercera en Sevilla*..... 251
- A. Domínguez Ortiz.—*Documentos para la Historia de Sevilla y su antiguo Reino*..... 263
- José Luis de la Rosa.—*El Belén, en el Evangelio, en el arte y en el sentimiento* 275
-
- LIBROS: Varios..... 289
- Manuel Justiniano. —*D. Felipe Cortínez y Murube* 295
-
- Revista de Revistas* 301
- Norberto Almandoz. *Crítica musical*..... 315

EL BELÉN

EN EL EVANGELIO, EN EL ARTE

Y EN EL SENTIMIENTO

Conferencia pronunciada por su autor, don José Luis de la Rosa Domínguez, en el gran homenaje a la Navidad, organizado por la Congregación de Antiguas Alumnas Concepcionistas en el Teatro Lope de Vega, de Sevilla, el día 20 de diciembre de 1959.

Una gran satisfacción experimenté cuando fui invitado a tomar parte en este acto, exponente de vuestro afán y anhelo de caridad; una gran alegría sentí cuando fui llamado a mantener vuestra tertulia de hoy, afán de cultura y sentimientos religiosos; y en verdad que ni siquiera me he tenido que molestar en aceptar, porque los deseos de la Congregación de Antiguas Alumnas Concepcionistas, muchas de ellas alumnas mías, en otras horas, felices por pasadas, deseos, repito, servidos como en bandeja de amor por el celo y caridad de una Madre Esclava, fueron para mí desde el principio un voluntarioso mandato, que emprendo animoso y con alegría y gozo en el corazón. Huelga, por tanto, el deciros, con cuánto gusto me encuentro entre vosotros; huelga, que siguiendo una costumbre tradicional e inveterada, enumerare cada una de las dificultades que he tenido que vencer para presentarme aquí; huelga, por último, que os diga, que cuantos vencimientos y sinsabores me haya tenido que imponer, están más que suficientemente compensados con la alegría de encontrarme ante tan distinguido auditorio y siendo parte importante de este hermoso acto, prólogo y preludio de la Natividad del Señor, que por glorificar a Dios en su Nacimiento, por su elevación espiritual, y profundo sentido de la caridad cristiana,

sembradora de paz y de alegría del alma, me incitan desde el principio a comenzar con aquellas palabras, que en bocas de ángeles y serafines resonaron en Belén, como consigna celestial del amor verdadero: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

Veinte siglos ha que esa consigna del Cielo viene resonando por el mundo entero: vibra en los campos, como música rimada a la sencillez campesina; se enseñoorea de los montes, que devuelven el eco que oyeron los siglos; la repiten los pastores en su soledad, llenos del noble orgullo de haber recibido de Dios el privilegio inapreciable del primer anuncio de la Buena Nueva, y de haber sido los primeros, antes que los Reyes, los sabios y los Magos, que adoraron en la tierra la Santa Humanidad de Cristo. "Gloria a Dios en las alturas..." es música de los Cielos que se hace armonía en la tierra: en las soberbias Catedrales, que creó el genio y la fe, con la pompa y magnificencia del culto litúrgico, acompañado con los acordes graves y solemnes del órgano majestuoso; en las iglesias aldeanas, entre los villancicos y cantares ingenuos, que encuentran el contrapunto de las notas metálicas de los triángulos y campanillas infantiles; y en las ermitas solitarias, donde los pájaros con sus trinos rompen el silencio de la soledad. "Gloria a Dios en las alturas..." se escribe con letras de oro en los palacios de los príncipes, sobre el belén lujoso, y esas palabras parece que dan vida y movimiento a esas pequeñas figuritas, que creó el arte convirtiéndolas en su pequeñez en símbolos de la humildad y pregoneras de la sencillez; y en las casas de los pobres, donde Cristo renace cada día, donde estas fiestas son la mayor alegría de la vida, porque es la fiesta, que nos ha traído la vida y la vida eterna, y más aún en las humildes chozas de los suburbios, donde Cristo se siente más Cristo, donde el portal de barro es como un espejo en el que luce un belén de vida; donde, como en el humilde portal de Belén, reina la pobreza, brilla la humildad y resplandece la resignación y la soledad; en estas humildes casitas a cuya puerta un ángel invisible está tocando su trompeta de plata, llamándonos a todos, y cuando nos acercamos a ellas, con verdadero espíritu de caridad cristiana, nos saluda con aquellas palabras que bajaron del Cielo: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

Fiesta clave de la vida religiosa es ésta del Nacimiento del Señor; fiesta del rico y del pobre en comunidad de amores; fiesta de alegría, para la que la iglesia se prepara con la austera solemnidad de ayunos y penitencias; fiesta, para la que hasta cambia en sus ornamentos el verde esperanzador, pregonero de los

bienes eternos, por el morado penitente, que predica la humildad y penitencia y nos invita a la meditación y al sacrificio. Porque es que esta venida del Señor, de Cristo pobre, de Cristo abandonado, de Cristo humilde, de Cristo, que no encuentra ni aun morada en la tierra para venir al mundo a redimir a los hombres, es símbolo de figura de aquella otra en que le hemos de ver, lleno de majestad real y de grandeza soberana, enarbolando el cetro de su cruz redentora, sobre trono de nubes, cuando venga, al final de los tiempos, a juzgar a las doce tribus de Israel y del mundo entero, donde también sonarán las trompetas de plata de los arcángeles y serafines, pero esta vez abriendo marcha y procesión a aquel cortejo de bienaventurados, que por su buena voluntad en la tierra merecieron escuchar de sus labios las consoladoras palabras: "Venid, benditos de mi Padre, a disfrutar del Reino que os tengo preparado".

¿Y cómo esta venida de Cristo pobre y humilde es símbolo y figura de aquella otra majestuosa y solemne? Así son las cosas del Evangelio y de Dios. Paradojas inexplicables para nuestra débil inteligencia, que no puede abarcar en una sola consideración y en una sola mirada al océano inmenso de los arcanos y secretos designios de Dios. Paradoja es toda la vida de Cristo. Paradoja, su Pasión y sus Dolores Gloriosos. Paradoja, que todo un Dios quiera hacerse Hombre, y tomar vida humana para morir por el hombre. Paradoja, que su Muerte nos gane premios de vida y de vida eterna. Paradoja, las circunstancias todas de la Natividad: su pobreza, es símbolo de su Majestad; su humildad, espejo de su grandeza; y la sencillez franciscana de su Nacimiento ignorado, eje y centro de toda la vida del mundo, a la que logra dividir y separar en dos épocas distintas y dispares: una, la del Antiguo Testamento, que comienza en un jardín amenísimo lleno de delicias celestiales, donde nace el hombre a la vida con el soplo de Dios, y la del Nuevo Testamento, que comienza en un pesebre, en un establo pobre, donde nace el propio Dios Eterno por hacerse hombre mortal.

Volvamos nuestra mirada y nuestra consideración al Evangelio, fuente de la vida de Cristo. Escuento y breve, en verdad, es el relato evangélico del Nacimiento del Señor. Pocas, poquísimas palabras emplean San Lucas y San Mateo para darnos a conocer el acontecimiento más grande de que fueron testigos los siglos y los tiempos. Ni una luz, ni una circunstancia concomitante dan color al suceso, a pesar de que el Evangelio es la verdadera imagen de Cristo y su dibujo de mayor perfección. Pues su doble carácter de sublimidad de heroísmo y sencillez de flor, como Cristo en el humilde Portal de Belén, marca la expresión

exacta de Nuestro Señor Jesucristo, que reúne en sí la Humanidad junto con la Divinidad. Así como Cristo es el Verbo de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, escondida y oculta en la humilde flaqueza de la carne, el Evangelio es también el Verbo de Dios, la Sabiduría Infinita, escondida y oculta en la humilde sencillez de las letras. Y así como la unión de las dos Naturalezas, divina y humana, en la única Persona del Verbo, no pudo ejecutarse más que por la virtud del Altísimo, por obra y gracia del Espíritu Santo, que descendió de lo alto para cubrir con su sombra el seno virginal de María, de idéntico modo la unión que ofrece el Evangelio, de la Sabiduría más sublime, con el estilo más sencillo y humilde, sólo pudo ser obra del Espíritu de Dios, que también con su sombra hacía brotar de inteligencias mediocres, verdades que llevan el sello de eternas y sobrenaturales, y que resisten impertérritas el caminar de los siglos y el examen y reflexión de las doctrinas filosóficas, porque cada una de ellas encierran la perfección divina y el soplo de Dios a los Evangelistas.

Mirando al Evangelio se observa un velo de oscuridad. Parece que en lo que respecta al Nacimiento del Señor existe como una consigna divina de brevedad inexplicable. Ciertamente el Evangelista nos habla de la razón política e histórica del Nacimiento de Cristo en la ciudad de Belén; del decreto de César Augusto, ordenando el empadronamiento de todo el mundo en el lugar de su origen; de cómo San José, Padre nutricio del Señor, debía empadronarse en la ciudad de David, porque era de sangre real y de la estirpe del Rey Profeta; del camino largo y penoso desde Nazaret para que se cumplieran las profecías; de la profecía de Miqueas sobre Belén, cuando dice: "Oh tú, Belén, tierra de Judá, que en modo alguno eres la menor entre las principales, porque de tí saldrá el Caudillo, que regirá mi pueblo de Israel". Pero todo ello es poco para la enorme importancia del Nacimiento de Cristo. Parecía que un hecho tan fecundo y trascendental requería una preparación humana muy larga, como si toda la Humanidad hubiera de contribuir en lo posible a la realización del gran misterio del Nacimiento de Cristo. Pero toda esta trascendencia queda reducida en el Evangelio a un breve relato sin importancia, sólo una referencia en San Lucas y como de pasadas: "Cuando hubieron llegado allí (a Belén), cumplióse el término del embarazo y María dio a luz a su Hijo primogénito y lo envolvió en unos pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada. Se limita, como véis, el Evangelista a una relación sencilla y sucinta, como si Jesús fuera un niño sin la alta y elevada condición y dignidad de Persona Divi-

na, como Hijo de Dios. Ni contamos, ni gozamos tampoco en el Evangelio de otros elementos que nos ayuden a figurarnos el gran Misterio del Nacimiento del Mesías, que las tres personas, que desde ese día constituyeron la Sagrada Familia, el pesebre y los pañales; y como marco de todo este hecho, pletórico de dignidad y grandeza, en el que contribuyeron Dios y la Humanidad, los Cielos y la Tierra, para formar la personalidad de Cristo, el pobre establo del humilde Portal de Belén.

Y en verdad que el relato evangélico no satisface la natural curiosidad humana. Parece increíble que estas breves palabras lleven el sello de autenticidad del hecho más grande de que fueron testigos los siglos y los tiempos. Ni tampoco deja satisfecha la imaginación de los fieles. Por ello, estos elementos históricos, básicos e indispensables, al pasar por el tamiz del pensamiento y hacerse objeto de la consideración y de la contemplación, se revestirán de colores, como a través de vidriera catedralicia y los enriquecerá la fantasía. Y todos los ingenios pondrán a contribución su talento, creando obras de arte, que será la oración eterna de los pintores, escultores, arquitectos y orfebres, con la expresión de sus pinceles, gubias y cinceles, que producirán sagradas fantasías, en honor y gloria del Hijo de Dios, que nace ofreciéndonos la paz. Y para suplir el relato evangélico el poeta ofrecerá su trovas, llenas de candor e ingenuidad, ilustradas por la imaginación y bordadas por la fantasía. Y la leyenda y el arte, al servicio de la espiritualidad, la enriquecerá con pormenores simbólicos y enternecedores a lo largo de los siglos, y serán todos, los que sientan un hálito de sensibilidad, los creadores de un belén de ilusiones, a cuyo portal acudirán con su ofrenda no sólo los príncipes del arte, que maravillaron con sus obras a todas las generaciones, sino hasta los humildes artesanos, que sólo buscan con su belén infantil y doméstico, la espiritualidad de la fiesta sin par, hasta los hogares más humildes. Ya está descifrada y clara la consigna divina de la brevedad evangélica; Dios ha querido que las circunstancias todas de la Natividad sean obra y la ofrenda de todos, y que sean precisamente los poetas, oradores y artistas de toda índole los que den a todos los países y a todos los tiempos la mejor lección del Belén, la más sencilla enseñanza de la humildad y de la grandeza.

Volvamos al Belén, a nuestro belén, creado ya por nuestra fantasía, como las cosas grandes de Dios. Veamos allí a la Santísima Virgen, que acaba de proclamar su más sublime prerrogativa de la Maternidad Divina. Ya es Madre de Dios, ya es Hija del Padre, Madre del Hijo, y Esposa del Espíritu Santo. Ya ha sido Templo y Sagrario de la Augusta y Santísima Trinidad. La

que dijo el ángel: "He aquí la esclava del Señor", elevada a la más alta dignidad y grandeza que conocieron los siglos.

Ella fue la primera que adoró al Señor, y el humilde portal de Belén, la Catedral del mundo. Ella reza con los ojos, siempre fijos en su norte, con los labios, con el corazón y con el alma; humilde como una flor, blanca como la azucena; temblorosa, bajo el peso de tanta dignidad y de soberana grandeza.

Así la vio nuestro fray Luis de León, cuando le dice:

Un admirable cambio y nunca oído
es el que Vos y Dios, Virgen, tuvisteis;
que ha sido Dios por Vos, lo que no ha sido,
y Vos fuisteis por El lo que no fuisteis.
Eterno era antes Dios, y ya nacido,
Virgen érades Vos, y ya paristeis;
quedando eterno Dios, es criatura.
Quedando Madre Vos, sois Virgen pura.

Toda esta humildad y grandeza, toda esta mutación de la nada en la gloria, toda esta difícil representación de lo divino en lo humano, han hecho que los pintores hagan desaparecer de sus lienzos y de sus cuadros la sencillez real y evangélica del Belén; y de modo especialísimo los pintores flamencos y la escuela florentina después, adornarán las escenas de la Navidad, con magníficas construcciones arquitectónicas, con gran lujo y riqueza de arcadas, columnas y estancias palatinas, rompiendo de este modo la pobreza, y más aún la soledad primera, con ejércitos de ángeles músicos y cantores.

No están tampoco citados en el Evangelio el buey y la mula o el asno, que nunca faltan en nuestras representaciones plásticas y pictóricas, pero que se mencionan en el apócrifo llamado Evangelio del pseudo Mateo y que recogen las Homilias de Orígenes y los sermones de San Gregorio Nacianceno y San Ambrosio. Pero esta aportación, que hace al Belén humilde la tradición cristiana, no es en modo alguno producto de la imaginación y de la fantasía, sino que responde a un profundo significado religioso. El buey y el asno habían sido los animales divinizados por la gentilidad. Reyes y pueblos se habían postrado ante ellos significando el triunfo de la materia. Con Cristo, que ha venido a reinar en la tierra, acabarán muchas cosas del mundo antiguo. Ha venido a terminar la adoración de la bestia, a borrar la debilidad de Aarón y las supersticiones de Augusto. "Amarás al Señor tu Dios y a él sólo adorarás", resuena también en el portal humilde, y estos animales son los primeros que le prestan su va-

sallaje. Cuando Cristo va a celebrar su última Pascua, entra en Jerusalén, cabalgando sobre un asno. En el portal de Belén la bestia ha terminado su poderío, rinde su tributo al Rey de los Cielos que nace, y le presta hasta el calor de su aliento. Es esta, además, la gran lección de la inocencia: entre los hombres Cristo buscará a los sencillos, entre los sencillos a los niños, y más sencillos que los niños, estos humildes animales, que fueron los únicos que en el día de su Nacimiento le acogieron y cobijaron, y acompañaron su soledad en su propia morada.

Mas para nosotros, al gusto y la sensibilidad española no le van bien esos escenarios fastuosos del belén. Nos atrae más la pobreza franciscana que lo enriquece de espiritualidad; los tonos oscuros, porque en ellos brillan más la dignidad y grandeza de la Sagrada Familia. Recordemos a este respecto el grupo escultórico de Alonso Berruguete, en el Museo de Valladolid, los claroscuros de Basano, en el Museo del Prado, y el candor y espiritualidad de Murillo. En todos ellos nos cautiva la lozana alegría del Niño, la belleza singular de la Virgen Santísima y la nobleza del Santo Patriarca, sumada al realismo de los animales.

Tan concordes con el sentimiento español es la pobreza del belén o portal, que de ella se hace eco el príncipe de los líricos españoles, el Monstruo de los Ingenios, Lope de Vega, en su obra "Los Pastores de Belén", en la que así nos expresa la congoja de la Virgen por la pobreza obligada del portal:

La Niña a quien dijo el Angel
que estaba de gracia llena,
cuando de ser de Dios Madre,
le trajo tan altas nuevas,
ya le mira en el pesebre
llorando lágrimas tiernas,
que, obligándose a ser hombre,
también se obliga a sus penas.
¿Qué tenéis, dulce Jesús,
le dice la Niña bella,
tan presto sentís, mis ojos,
el olor de mi pobreza?
Yo no tengo otros palacios,
en que recibiros pueda,
sino mis pechos y mis brazos,
que os regalan y sustentan.
No puedo más, amor mío,
que si yo más pudiera,
bien sabéis que vuestros cielos

envidiaran mi riqueza.
El Niño recién nacido,
no mueve su pura lengua,
aunque es la sabiduría
de su Eterno Padre inmensa.
Mas revelándole el alma
de la Virgen la respuesta,
cubrió de sueño en sus brazos,
blandamente sus estrellas.
Ella entonces, desatando,
su voz regalada y tierno,
así tuvo a su armonía,
la de los cielos suspensa.

Pues que andáis en las palmas,
ángeles santos,
que se duerme mi Niño
tened los ramos.

Palmas de Belén,
que mueven airados
los furiosos vientos,
que suenan tanto,
no le hagáis ruido,
corred más pasos,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.

El Divino Niño
que está cansado
de llorar en la tierra,
sosegar quiere un poco
su tierno llanto,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.

Rigurosos yelos
lo están cercando,
ya véis que no tengo,
con qué guardarlo.
Angeles divinos,
que váis volando,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.

Intencionadamente y con todo propósito, y no por simple ardid retórico u oratorio, hemos hablado muchas veces de la pobreza y sencillez evangélica del Belén, que tan maravillosamente rimaba con la exactitud del texto evangélico y que abría alas a la fantasía popular y al ingenio erudito, y encendía la sensibilidad de los pueblos, sobre todo de nuestros pueblos meridionales y mediterráneos, más atraídos a las cosas religiosas y divinas por los resortes del amor, que por los estímulos de la inteligencia, y de modo especialísimo tan concordes con la sensibilidad y el sentimiento español, que se siente subyugado y cautivado por aquellos pasajes del Evangelio, que, como éste del Nacimiento del Señor, por ser más realistas, humanos y fáciles, les llegan más fácilmente al corazón.

Y decimos pobreza y sencillez franciscana, porque todo este movimiento sentimental que nos impulsa a construir y fabricar en nuestra humilde morada el belén o portal y a disponerlo todo cada año, en medio del alborozo y alegría de nuestros hijos, tuvo su origen primario, en su forma real y plástica, en el santo de Asís, fundador de los frailes menores. San Francisco de Asís, crucificado por amor, aporta a la celebración navideña, un inmenso tesoro de ternura y de bondad. Su alma grande, efusiva, ascética y mística al mismo tiempo, enamorada del sublime y sencillo misterio del Nacimiento del Señor, lo quiso vivir en todo su realismo impresionante, en toda su pureza y candidez evangélica, con todo el rigor y pobreza ascética del Belén de la Historia. Después se hizo su apóstol, dilatando sus horizontes, hasta convertir el portal y el belén en una predicación callada y eficiente, que se nos mete en casa, y que, con su elocuencia muda, arrebatada y enciende a las almas, a los corazones y a los sentimientos, con el único y apologético argumento del amor de Cristo.

Vivamos aquel momento. Sigamos al santo de Asís por los caminos de la Umbría. Se acerca la Navidad de 1223 y el santo siente el deseo de dar rienda suelta a sus amores. Eran los días en que el santo vivía su mayor gozo en la tierra por la aprobación en Roma de las Reglas de su Orden, creadas por él entre la oración y el retiro eremita. Se dirige al convento de Monte Colombo, teatro de su ayunos, penitencias y vida contemplativa, para celebrar la fiesta de la Navidad. "Quiero, festejar, dijo, una vez siquiera con toda solemnidad la venida del Hijo de Dios a la tierra, y ver con mis propios ojos, qué pobre y miserable quiso ser por amor a nosotros". Una cueva, situada en las inmediaciones del convento, con sus piedras desnudas, decoradas de verdina, fueron el marco adecuado a sus deseos. Lo dispuso todo co-

mo en el portal de Belén. Colocó en ella un pesebre, lleno de heno y paja, un buey y una mula. Allí celebró aquella noche el santo Sacrificio de la Misa, actuando de altar el pesebre a fin de que en el mismo día y a la misma hora Jesús reposara bajo las especies de pan y de vino sobre la paja y el heno, como en Belén estuvo en forma corporal. Recompongamos la escena, con las alas de nuestra imaginación. Todo ello rebosaba piedad, misticismo y poesía. El fervor religioso del santo daba a la Misa un profundo sentido de misterio y de significación trascendental, que afluía de su espíritu, de su recogimiento, de su persona tan humana, tan sencilla y tan humilde. Su voz traslucía una rebosante alegría contagiosa. Escuchad a los frailes, cantando sus alelúas y glorias bajo el tornavoz de los olmos, en medio de la oscuridad de la noche, disipada en trozos por las antorchas humeantes de los vecinos, que habían acudido, atraídos por el ascetismo y originalidad del momento.

Belén se había trasladado a la cueva del Monte Colombo. En este mismo lugar y en esta misma cueva fue consagrado después un templo, actuando de altar el pesebre, para que donde los animales comieron, comieran en adelante los hombres el Cordero Inmaculado para la salud de sus almas y de sus cuerpos. El primer belén natural había sido creado. De la cueva de Monte Colombo irradiaría como un sol de amor hacia el Divino Niño, y toda la Umbría primero; Roma, Nápoles y toda Italia después aceptaron y adoptaron la iniciativa del belén y del portal. El arte barroco después, con su florecimiento y su carácter docente, le prestó sus alas de expansión, y de modo especialísimo, la grata acogida que encontró en la sensibilidad de nuestro Rey Carlos III, a la sazón Rey de Nápoles, que lo expandió con su ejemplo por todos los países católicos del Mediterráneo, cooperando de este modo a su fama y popularidad.

El belén del Palacio Real, en Nápoles primero, y en España después, dispuesto por el propio Rey, apóstol de la Navidad, estaba abierto a la contemplación y admiración del pueblo. En él trabajaron afamados artistas y hasta el propio monarca, por lo que impuso la moda, y su ejemplo fue seguido por la aristocracia y por las noblezas napolitana y española. Como Nápoles en Italia, fueron Cataluña, Valencia y Murcia los focos radiales del portal en España, que infundirían en el pueblo insensiblemente este fervor y este amor. No habrá ya casa, ni hogar, por humilde y pobre que sea, que no tenga su belén y su portal, con esas humildes figuritas, caprichosas, dictadas por el sentimiento, la mayor parte de las veces, anacrónicas, pero todas ellas llenas

de candor e ingenuidad, como que cada una está cantando un versículo de ese himno de gloria y alabanzas

al Rey de los Cielos,
que ha nacido ya,

y que recibe su luz primera bajo un cielo azul, con estrellas de plata, ríos de cristal, en un paisaje montañoso e intrincado, como para que sirva de marco y contraste a las casitas humildes y a los palacios soberbios, a los pastores y a los reyes, a los animales domésticos, y a los camellos trashumantes; sobre un paisaje, que acomoda bien su configuración geográfica a la diversidad de lucecitas de colores, que tienen, la misión de representar el día y la noche, las tinieblas y la luz y la oscuridad de una cueva, donde se calientan los pastores; exponentes todos del carácter efusivo y artista de nuestros hogares humildes, que en medio de su pobreza, saben levantar un trono de candor a la Divina Infancia del Niño Jesús.

A ese Niño Jesús, que nace por nosotros, que lo vemos en un pesebre acariciándonos con su mirada de cielo, con su pobreza franciscana del Belén evangélico tan atrayente, y como si viniera a nuestros brazos como a San Antonio del cuadro de Murillo, de la Catedral, con la misma dulzura con que lo contemplamos en el retablo mayor de Santa Clara por gracia de Montañés, o con la lozanía y belleza con que le besamos en su cuna de mimbre al terminar los cultos de estos días, digámosle como oración final de este homenaje a la Navidad, aquellas letrillas, que compuso también un hijo de San Francisco, fray Vicente Martínez, que nos van servir de súplica, de plegaria y hasta de canción, con su tonada amable de villancico navideño.

No sé, Niño hermoso,
que he visto yo en Ti,
que no sé qué tengo,
desde que te vi.

Tus tiernas mejillas,
de nieve y carmín,
tus labios hermosos,
cual rosa de abril,
Tu aspecto halagüeño,
y el dulce reír,
tan profundamente
se ha grabado en mí

que no sé qué tengo,
desde que te vi.

Si acaso algún día,
me atrevo a salir,
al ameno prado,
por me divertir,
doquiera que mire,
te miro yo allí,
y entonces de nuevo
empiezo a advertir,
que no sé qué tengo,
desde que te vi.

Cuando por la noche
me llego a dormir,
al punto en mi sueño
te veo venir;
los brazos extendiendo,
por asirme a Ti,
mas quedo burlado
y digo entre mí,
que no sé qué tengo,
desde que te vi.

Mi pecho que ha sido
cual bronce hasta aquí,
tu luz ardorosa
no puede sufrir;
mi alma se exhala

cual aura sutil,
y yo de tal suerte
me siento morir,
que no sé qué tengo,
desde que te vi.

Vuelve, Niño amable
tu rostro hacia mí.
Dame que yo viva,
sólo para ti.
Dame que en tu gracia,
yo acierte a morir,
para que así pueda
para siempre decir:
que no sé qué tengo,
desde que te vi.